

Introducción

Este libro es una larga meditación, inconclusa, acerca de la violencia, la no violencia y las enseñanzas de Juan Domingo Perón y de Silo en cuanto a lo que he sido afectada por ellas.

A mis 22 años, en 1983, tomé contacto con la enseñanza de Silo y encontré una respuesta a mi crisis religiosa. Lo que Silo enseñaba era a mis ojos un cristianismo pero sin dogmas, sin sacrificios ni pecados. Daba también respuestas a mis inquietudes sociales y psicológicas pero con un anclaje en la experiencia personal. Nos proponía una transformación revolucionaria del sistema que tenía como otra cara de la moneda la transformación personal. El sistema también estaba adentro de cada uno. Proponía la lucha por un mundo más humano, pero sin violencia. «Este mundo está por estallar y no hay forma de acabar con la violencia», había dicho en su primera arenga pública en 1969. Ese llamado tan claro a luchar por un cambio social sin violencia resonó en mí profundamente y es lo que me ha ido ayudando a construir un sentido para mi vida.

Cuando conocí el siloísmo, nunca imaginé que treinta años después escucharía a Perón presentar su conferencia «La comunidad organizada» y que identificaría resonancias siloístas en ella. Dado que era imposible que Perón en 1949 hubiera recibido alguna influencia de Silo, tuve que admitir que, en realidad, Silo debía haber sido influido por el peronismo.

A mis 22 años yo tenía un sentimiento antiperonista que no me generaba ninguna contradicción. Mi papá era (es) a mis ojos la representación de una persona ética y de sus labios había escuchado que Perón había dicho, cuando era presidente, «por cada uno de los nuestros caerán cinco de los de ellos», y algunos otros desbordes violentos y autoritarios. Mi papá era radical de Balbín, pero, como era inteligente y honesto, no negaba las virtudes del peronismo y casi estuvo a punto de votarlo en 1951, para su segunda presidencia.

Cuando Perón ganó las elecciones de su tercera presidencia en 1973 yo tenía 11 años y recuerdo que no lo vi decepcionado; especulo ahora con que el famoso abrazo de Perón con Balbín el año anterior algo habrá tenido que ver.

Además «siempre supe» que en el gobierno de Perón se habían quemado iglesias; que «alpargatas sí, libros no» era una de sus consignas; que los peronistas cuando estaban el poder se apropiaban sin escrúpulos del Estado; que en sus gobiernos se habían perseguido a los opositores y cerrado diarios; que una «revolución libertadora», un golpe de Estado, en 1955 había puesto fin a su segundo gobierno con mucho apoyo, también de reconocidos intelectuales; que a partir de entonces el peronismo había estado proscripto hasta 1972; y que, en su vejez, la aceptación de la violencia en Perón se había vuelto en contra de él mismo, cuando la juventud peronista montonera tomaba las armas y dejó de obedecerlo como referencia política y como presidente de la Nación. Tal vez no está demás aclarar que con el «siempre supe» entre comillas estoy haciéndome cargo de que fui construyendo esa cosmovisión antiperonista de manera acrítica, por lo que escuchaba en las charlas familiares, por lo que leía en *La Nación* (de adolescente leía este diario, el preferido de mi papá), por lo que me enseñaban en la Escuela Normal de Olavarría (hice mi escuela secundaria entre 1974 y 1979).

En 1983, cuando terminó la dictadura, la versión del peronismo que participó de esas primeras elecciones no puso en duda en absoluto mi antiperonismo. Alfonsín era austero, honesto, racional, democrático, tenía sensibilidad social y de Chascomús, como mi papá. Y enfrentó con la Justicia a los crímenes de los militares. Cuando el peronismo volvió con Menem no hizo más que confirmarme que era una corriente de pensamiento que habilitaba la manipulación («si hubiera dicho lo que iba a hacer, nadie me votaba»), la superficialidad, el pragmatismo inescrupuloso, la ruptura total entre la ética y la política.

En la década menemista, en los noventa, el Movimiento Humanista tuvo una participación bastante activa en la política, con el Partido Humanista; Silo fue escribiendo periódicamente diez cartas entre 1991 y 1993 en las que exponía acerca del neoliberalismo y el modo de enfrentarlo, que luego se editaron como el libro *Cartas a*

mis amigos. Silo habló en Plaza de Mayo el 14 de mayo de 1999 y nosotros, los militantes de Villa Gesell, alcanzamos un «exitoso» 4 por ciento en las elecciones del 2001, como resultado de cierta permanencia en la militancia político-partidaria. El cuerpo a cuerpo con los políticos locales que representaban al peronismo no hacía más que confirmar mi antiperonismo. No tenía modo de no verlos como prepotentes y manipuladores; su comportamiento alimentaba mis dudas de que tuvieran alguna vocación democrática genuina.

A pesar de que toda la vida me dediqué a estudiar y a enseñar, de que siempre me interesó la política y la filosofía, no supe sino hasta mis 55 años que Perón había cerrado, en Mendoza, con una conferencia, un Congreso Nacional de Filosofía durante su primer gobierno, en 1949. Me sorprendió la importancia de ese Congreso y su dimensión internacional, ya que reunió a muchos de los más destacados filósofos de la época. Un Perón interesado por la filosofía era lo opuesto a lo que yo me representaba de él.

Escuchar esa conferencia, «La comunidad organizada»,^[1] fue una experiencia reveladora. Había un contraste total entre mi representación de Perón y el enunciador de ese discurso. Ese mensaje se parecía mucho a lo que me había llegado a través del humanismo universalista de Silo. Ahí estaba la unidad materia-espíritu, la búsqueda del sentido de la vida, la superación del sin sentido, la realización del «yo» individual en el «nosotros» de la comunidad. Más aún. En ese momento yo hacía tiempo que estudiaba y admiraba a Spinoza, el filósofo del siglo XVII. Me consideraba, me considero, formando parte del «spinozismo argentino», como lo escribí en mi tesis de doctorado. Una sensación epifánica fue escuchar que Perón cerraba su discurso mencionándolo. Esta conferencia fue el hilo de Ariadna que me hizo entrar en la «peronología», una nueva ciencia del futuro según mi amigo Ángel Islas. Desde ese momento siempre estoy leyendo por lo menos un libro de Perón o sobre Perón, pero es imposible abarcarlos; su número tiende al infinito y se siguen publicando varios muy significativos cada año.

[1] La conferencia leída, de una hora de duración, es una parte de lo que se puso en las actas del Congreso y después se editó como el libro *La comunidad organizada*.

Asusta en este contexto emprender la escritura de un nuevo libro sobre Perón. Lo hago para compartir mis reflexiones acerca de la continuidad entre Silo y Perón, pero también la distancia entre ambos en lo que se refiere a la violencia. Pronto me di cuenta de que tenía que renunciar a leer todo lo que me interesaba antes de ponerme a escribir.

Me intrigaba además por qué Silo nunca, hasta donde yo conocía, había reconocido a Perón como una fuente de inspiración. Sin embargo, en una nota del diario *Crónica*, del 21 de octubre de 1969 encontré lo siguiente:

Ante una pregunta dijo (Silo) que «el Che Guevara fue un hombre armónico, que pensó, quiso y obró en la misma dirección», pero que no creía en sus métodos para liberar al hombre: «La liberación debe partir de uno hacia afuera».

Mientras hablaba, dos petardos sonaron en la calle. Lo habían colocado un grupo de jovencitos, uno resultó herido en una mano. Silo luego diría: «La violencia es como un boomerang».

— Usted habla de alejarse de los partidos políticos, ¿vale eso para el peronismo?

— *El peronismo no es un partido político sino un movimiento y más que eso, es un estado de conciencia, y esto es muy importante* –fue su última respuesta.^[2]

Partí de la hipótesis de que, dado que Silo tenía el eje de su enseñanza en la no violencia, no podía, en los años sesenta y setenta, tener como referencia a Perón, quien tenía una relación ambigua con respecto a la violencia, pero en los tiempos de su exilio había abandonado sus posturas pacifistas.

Volver a Perón hoy, a 50 años de su fallecimiento, nos permite encontrarnos con el Perón «apóstol de la paz y la no violencia», como lo nombró Isabel Perón (su vicepresidenta y esposa) en el anuncio oficial de su muerte. Cuando uno se acerca a Perón descubre que había en él esa vocación por la paz. Así lo reconocen muchos historiadores cuando lo estudian con honestidad. Es el caso de Joseph Page, historiador estadounidense quien escribió

[2] Silo, «Silo habló de liberación, no violencia y peronismo», en *Crónica* (1969), recuperado de <https://hablasilo.silolibrary.net/media/textos/2213_silo_hablo_de_liberacion.pdf>, bastardillas propias.

una biografía de Perón para el público de su país, pero que ha sido muy leída en el nuestro, y dice:

«Por otra parte, era un pacifista de alma, a pesar de sus ocasionales usos de retórica violenta y de su aceptación de un terrorismo que favorecía su causa, una curiosa contradicción enquistada en la esencia de su misma naturaleza. Celosamente, rechazó la violencia como un abierto instrumento de la política. Su actuación en este sentido, aunque no sea inmaculada, parece ejemplar en contraste a la tortura y las matanzas que traumatizaron a la Argentina a finales de la década del setenta. Por último, es innegable que el hombre que en una época era vilipendiado como el Hitler de América del Sur nunca hubiera sumergido a su país en una guerra».^[3]

Para compartir estas lecturas, hipótesis, meditaciones, he emprendido la escritura, un poco pretenciosa tal vez, de este libro.

[3] Joseph Page, *Perón. Una biografía*, Sudamericana, Buenos Aires 2014, pág. 432.